

EL CASO SANTOS CHOCANO

ESTE ARTICULO, ESCRITO PARA LA CRUZ DEL SUR, FUE LEIDO EN EL HOMENAJE A ELMORE, COMO CONTRIBUCION DEL AUTOR A ESE ACTO AL QUE NO PUDO CONCURRIR.

Santos Chocano, gran poeta sin duda, es moralmente un hombre inferior. El mismo se ha comparado alguna vez a uno de esos poderosos ingenios del Renacimiento, de cuyas manos brotaba con tanta facilidad la maravillosa flor de la belleza y del arte, como la cárdena fulguración del crimen.

El Renacimiento acusó un desequilibrio de valores humanos que se tradujo en esas monstruosas aleaciones del genio artístico y del sentimiento estético con la abyección o la degeneración moral.

La exaltación de los valores intelectuales y estéticos condujo a los artistas a hacer del arte y de su genio un escudo tras el cual podían ocultarse todos los vicios y todas las culpas, criterio de conducta a que los impulsaba la contradicción social, de origen económico, que junto a la glorificación de la obra de arte y a la admiración por su autor, dejaba subsistir el rebajamiento del artista y del sabio ante los señores, de cuya protección vivían en calidad de sometidos o sirvientes.

En tiempos más recientes, el romanticismo impuso la concepción del artista—especialmente del poeta—rebelde a toda norma de vida moral y arrebatado por los desbordes de su temperamento y de su fantasía fuera del radio de toda ley de convivencia humana.

Para el concepto romántico, el artista es un semidiós a quien no corresponden las trabas de la lógica de los hombres. Es, por lo menos, un hombre de especial contextura en quien todas las sensaciones y reacciones han de adquirir un volumen y una intensidad excepcionales, como en las bóvedas de un templo la voz retumba con sonoridades imprevistas y el grito de un niño o el vuelo de una mariposa se vuelve clamor de órgano sagrado... Es un hombre que no puede vivir como los demás hombres, y a quien han de permitírsele todas las transgresiones al común sentir y hacer de las gentes, a título de genialidades olímpicas. Responden a ese concepto las teorías que hacen del genio un degenerado superior, un ser anormal al que debe acompañar inevitablemente una aureola—romántica—de santanismo y vesanía.

En Suramérica eso hallaría un campo fecundo para producir la más calamitosa cosecha. En países de escasa vitalidad económica, donde clases sociales enteras se eximen de las preocupaciones y actividades de la producción; donde la estructura agraria, mientras impide el desarrollo industrial, priva de horizontes económicos a las jóvenes generaciones e impone a toda la vida colectiva un ritmo de lentitud desganada, que estimula

la natural inclinación de los nativos a la existencia contemplativa; donde los jóvenes de la alta burguesía y de la clase media pueden ver en el cultivo de las letras una de las pocas distracciones con que les es dado ahuyentar el aburrimiento, y donde, por consiguiente, la floración literaria surge con abundancia tropical, sin el contrapeso necesario de un fuerte espíritu colectivo capaz de someter todas las manifestaciones de la vida a serias e imperiosas sugerencias sociales, ese concepto subversivo—digámoslo así—del literato y del poeta, debía depararnos una morbosa disolución del carácter cívico y moral del artista. El egoísmo y la egolatría del superhombre inoculados a ese vulgo literario, en el cual—fuerza es reconocerlo—sobrenadan grandes talentos, no podían menos de abocarnos al peligro social de una nube de mentalidades desorbitadas, reacias al freno del sentido moral, rota la brújula de los sentimientos cardinales.

Santos Chocano, cuyo fuerte lirismo es una de las más vibrantes voces de América, constituye un ejemplo, un caso típico de esa enfermedad literaria que mutila o deforma la personalidad del paciente en fuerza de corromperle el carácter o desviarle la sensibilidad. Actos de su vida privada que le han hecho caer bajo las sanciones del Código Penal, resultan insignificantes como exponentes de su conducta moral comparados con ciertas actitudes públicas que lo han exhibido como un ser fundamentalmente despreciable. La cárcel, en este momento, vuelve a concederle la única dignidad que puede serle otorgada: la de la expiación de sus culpas, que prolonga sobre el victimario el dolor de la víctima y lo hace respetable para el mismo sentimiento de compasión que hirió, no sé si en buena o mala ley, con su arma homicida. Esta consideración detiene mi pluma y me aparta del relato de sus claudicaciones e indignidades. No hace falta para llegar a la conclusión de que su última posición política de turiferario y menestral de la dictadura, completa lo que un médico llamaría el «cuadro clínico» de la enfermedad endémica que en él se presenta con los más agudos caracteres.

Hagamos votos y trabajemos porque las formas de vida social en todas las regiones del continente evolucionen de manera que el pensamiento y el corazón de los artistas, de los escritores, de los poetas se sientan elevados por fuerzas caudalosas a las cumbres del bien y del anhelo de perfeccionamiento y justicia, para que no caigan nunca vencidos por la tentación de arrodillarse ante los poderosos, y tengan que hundirse en la sombra, cuando sus labios, en vez de articular el verbo de redención y de futuro, se manchen predicando la esclavitud o justificando las tiranías.

EMILIO FRUGONI.